



DE FRANCISCO CORREA.

Nueva y curiosa relacion, en la que se refieren los hechos, valentias y arrojos del andaluz mas valiente, llamado Francisco Correa, natural de Sevilla; con lo demas que verá el curioso.

Oid, mancebos valientes,
los que blasonais de guapos,
los que andais con bizzarria
ocupados todo el año
con la espada y la rodela,
armados de punta en blanco.
Calle aqui Francisco Estévan,
aunque fue tan alentado;
y don Agustin Florencio
no blasona de bizzarro.
Cuelgue Romero la charpa,
las escopetas y frasco,
mientras paso á referir
los hechos y los estragos
del mas valiente andalúz,
y del tigre mas bizzarro.
En la ciudad de Sevilla,
la mejor de los estados,

que nuestro Monarca tiene
bajo su poder y mando,
nació Francisco Correa
para el azote de bravos.
Apenas ocho años tuvo,
á la escuela lo enviaron,
y un dia por la leccion
quiso ponerle las manos
el maestro, pero él,
de la palmeta agarrando,
se hizo afuera, y le tiró
en las narices un tanto,
que se las deshizo, y luego
voló á la calle de un salto:
principio quieren las cosas,
que asi lo dice el adagio.
Creció en tiempo y en valor
hasta los diez y seis años,

siendo el respeto de todos,
y de la justicia espanto.
Viendo sus padres aquesto,
á Cádiz lo han despachado,
y estando un dia en el muelle
con su capa rebozado,
se llegó un señor sargento
de España con otro gancho,
diciéndole si queria
sentar plaza de soldado;
y arrancando de un rejon,
repartió seis rejonazos,
y con esto los dejó
á los dos agonizando.
Echò por una calleja,
poco á poco paseando,
sin que ninguno supiese
quien fue el autor de este daño.
Se mantuvo algunos dias,
viviendo ya con cuidado;
despues tuvo un desafio
con don Inigo Avendaño
por una discreta dama:
salieron los dos al campo,
y arrancaron las espadas,
cada uno procurando
dar la muerte á su enemigo,
astutos lances buscando.
Avendaño es muy valiente,
pero Correa con garvo
dos estocadas le dió,
y se lo dejó en el campo.
Por este y otros motivos
le fue preciso el amparo
de un convento que habia cerca
de aquel Serafin llagado,
donde encontró por amigo
á un valiente toledano,
que por sus muchos delitos
estaba ya pregonado.

Mártes de carnestolendas
fueron á correr un gallo:
riñeron cuatro pependencias,
mataron un escribano,
y en punto de la oracion
se venian retirando
por la calle de la Torre,
y en la puerta del estanco
encontraron la justicia,
con mas de veinte soldados.
Asi que los conocieron,
seis tiros les aflojaron:
mas ellos les envistieron
mas valientes que un Bernardo,
peleando de rodillas
á estocadas y balazos.
Empezaron á dar voces,
ha de la guardia clamando,
fue escusado que viniese,
que tambien la atropellaron:
y el señor gobernador
mandó publicar un bando,
al que á Correa prendiese,
ofreciendo de premiarlo.
Un ministro que tenia
en Cádiz, fama de guapo,
lo puso en egecucion,
pero le salió al contrario,
porque Francisco tenia
algunos pelos del diablo.
Una noche le cogió
en un sitio solitario,
y le sacó el corazon
en el puñal enredado.
Se metió en Santo Domingo,
en ocasion que llegaron
muchos guardas de millones,
de rentas y de tabaco,
para registrar la iglesia;
mas como estaba enfadado,

les dijo: el que no quisiese
quedar aquí sepultado,
no tiene sino salir
presto de aqueste sagrado.
Y viendo que se tardaban,
les disparó un trabucazo,
y en breve tiempo se vió
el sitio desocupado.
Se pasó luego á Sevilla,
con intento depravado,
que á Don José Escandalosa
lo quiere ver enterrado.
No faltó quien le avisase,
con que se puso en cuidado,
metiendo una peticion
á la Sala, y ha mandado,
que vayan para prenderlo
cincuenta y cinco soldados,
y que Escandalosa sea
de todos estos el cabo.
Llegan á san Julian,
donde estaba refugiado:
y cuando vió tal bullicio,
Correa se ha levantado,
metiendo mano á un trabuco
de plomo bien pertrechado,
diciéndoles: caballeros,
el entierro está pagado,
pero quiero ver primero
quién tiene el hígado sano.
El Cura viendo el peligro,
á sus pies se ha arrodillado,
diciéndole: mira, hombre,
por Cristo crucificado,
no se pierda aquesta iglesia.
A cuyo tiempo ha llegado
un ministro por detrás,
y un cañonazo le ha dado
en la cabeza, y cayó
aturdido, y lo agarraron.

Lo llevan con grande guardia,
y en la cárcel lo dejaron,
donde cobraba patentes
de aquellos mas temerarios.
Y enfadado de estar preso,
al cabo ya de dos años,
á un amigo que tenia
muy bien experimentado,
le encargó que le tragese
una pistola de encaro,
y un cuchillo, porque ya
tenia determinado
el salirse de la cárcel;
con que el amigo arrestado
le trajo lo referido,
sin un punto dilatarlo.
Domingo por la mañana,
á la hora que celebrando
estaban la santa misa,
Correa disimulado
paso entre paso se fue
hácia el alcaide acercando,
y asi que le afianzó,
le dice: suelta, tirano,
las llaves, antes que veas
tu corazon abrasado.
Y viendo que se resiste,
le tiró un pistoletazo,
que le dejó casi muerto.
Tomó las llaves, y ha entrado
donde estaban siete hombres
á la horca sentenciados,
y con los demas que habia
á la calle los ha echado,
dejando la puerta abierta,
y él se retiró á san Pablo.
De que supo el asistente
lo que aqui se ha relatado,
mandó que se previniesen
los soldados de acaballo,

la infanteria, y tambien
los ministros y escribanos.
Asi que los tuvo juntos,
partió mas recio que un rayo
con este acompañamiento
al convento de san Pablo.
Entran, y asi que los ven
empézarón á balazos:
ó infeliz madre Sevilla,
qué dia tan desgraciado!
Quién viera al padre prior,
su Magestad en las manos,
y las balas que crujian
en medio de aquellos claustros!
Favor al Rey piden unos,
otros á la Iglesia, dando
voces, y tocando á un tiempo
las campanas á rebato.
Aqui de Correa fue
todo el valor necesario;
pero ninguno se arrima,
que los tiene acobardados.
Llegó en esto el Arzobispo,
excomunion promulgando
al que no se salga al punto
con las armas del sagrado.
Todos salen á la calle,
y con él puesto á su lado,
salió por medio de todos,
se lo llevó á su palacio.
El señor duque de Osuna
á Madrid se lo ha llevado,
porque su Escelencia quiere
tenerlo por su ahijado.
Pero su mucho valor,
lo que habia grangeado
con el duque, lo perdió,
pues le sucedió un fracaso
con un marqués, á quien dió

una estocada en un brazo.
En efecto lo prendieron,
y el proceso sustanciado,
por ser la parte muy fuerte,
galeras le han sentenciado.
El Señor duque se empeña
de que vaya desterrado
solo seis años á Orán;
del Consejo lo ha alcanzado.
Lo llevan á Cartagena,
y en las galeras entrando,
lo entregaron en Orán,
y señalándole rancho,
una noche en su cuartel
estaba, cuando llegaron
una tropa de oficiales,
de cadetes y soldados,
con algunos instrumentos,
que venian paseando;
y como sacando burla,
estas palabras hablaron:
está aqui el jaque Correa?
aqui se amansan los guapos.
Con la espada salió, y dijo:
á quien es desvergonzado,
de esta manera respondo;
y á cuchilladas y á tajos
les ha roto las cabezas.
Y viendo lo van cercando,
se fue á la iglesia, de donde
á otro dia lo sacaron,
y á Ceuta lo remitieron,
donde estuvo presidario,
haciendo notables hechos
contra los mahometanos.
Con esto pide el poeta,
á vuestros pies humillado,
que le perdoneis las faltas
que tuvieren estos rasgos.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, núm. 18.